

camino por donde había de pasar, y muchos se adelantaron metiéndose en el agua para ser los primeros en recibir su bendición. Sin embargo, sus enemigos tuvieron la osadía de exigir que los extranjeros que iban con el arzobispo prestasen juramento de fidelidad al rey y á las leyes del reino. Aunque no había mas de un extranjero, que era el arcediano de Saus, y que no se negaba á hacer este juramento, no permitió Tomás que lo hiciese, temiendo las consecuencias de semejante sujeción para el clero de Inglaterra, y respondió que semejante exigencia con unos extranjeros era contraria á las buenas costumbres y al derecho de gentes. Habría sido arriesgado insultarle en medio de tantos admiradores, de los cuales una gran parte tomó la precaución de armarse en su defensa. Dejéronle, pues, llegar tranquilamente á Cantorbery, donde fué recibido con iguales aplausos.

Al otro día llegaron los furiosos cortesanos que le habían seguido y con ellos los clérigos de los tres prelados excomulgados para pedir la absolución de sus amos. Respondióles con la mayor dulzura el santo arzobispo que él no tenía poder para levantar las censuras impuestas por el Papa; pero que si esos obispos juraban obedecer las órdenes del Soberano Pontífice, haría por la paz de la Iglesia y por respetos al rey y siguiendo el parecer de los demás prelados, cuanto estuviera de su parte. Prontos estaban ya á someterse los obispos de Lóndres y de Sarisbury, cuando les hizo mudar de resolución el arzobispo de York, diciendo valia mas ir á verse con el rey que siempre los había protegido y que sabría reprimir bien la terquedad de Tomás, el cual por otra parte no les podía hacer ya mas mal que el que les había hecho. Casi siempre los obispos cortesanos se dejan llevar y dirigir por el orgullo mas que por la verdad. Partieron, pues, inmediatamente los tres

para Normandía, y enviaron amigos dignos de ellos al jóven príncipe para que le persuadiesen de que Tomás quería deponerle. Esto era enteramente falso, como se ve por la última carta del Santo al Papa Alejandro, y aun envió comisionados al jóven rey para presentarle los motivos de la suspensión de los tres prelados, y aun marchó él mismo para presentarle sus homenajes; pero llegado que hubo á las puertas de Lóndres recibió del príncipe, á quien con mentiras se había prevenido contra él, la orden de regresar á su iglesia.

Subió al púlpito el día de Navidad, y al fin del sermón predijo su cercana muerte, lo que hizo deshacerse en lágrimas á todo el auditorio. Inmediatamente con un aire inspirado y tomando el tono de la indignación, habló fuertemente contra los enemigos de la Iglesia, y excomulgó en general á los obstinados y aun nominalmente á algunos. Entretanto los tres obispos, enemigos declarados suyos, acababan de llegar á la corte del anciano rey, y á tales hombres no les costó trabajo agriar de nuevo á tal príncipe. Dijéronle que Tomás, haciendo un abuso enorme de su indulgencia, había alborotado todo el reino despues de su regreso: que no cesaba de usar de invectivas y de censuras contra los que él llamaba enemigos de la Iglesia, y que sobre todo se mostraba implacable con los que habían tenido parte en la consagración del jóven rey. «Por los ojos de Dios, exclamó el príncipe, si todos los que han participado de la consagración de mi hijo están excomulgados, lo estoy yo tambien;» y dió otras mil señales de una cólera desenfrenada.

Sin ser malvado Enrique apenas se le conocía en los primeros movimientos de esta pasión; pues tanto en acciones como en palabras, se abandonaba á unos escesos indignos aun de la condición mas ordinaria. Un día quiso arrancar los ojos y llenó de san-

gre el rostro de un hombre porque le trajo una carta desagradable. En otra ocasión llenó de injurias indecentes á un señor que parecía interesarse por el rey de Escocia, tiró su gorro, rasgó sus vestidos, descubrió su cama, y le asió con los dientes como hubiera podido hacerlo un frenético ó un insensato. Quejas, baldones, imprecaciones, amenazas aun de muerte, eran su estilo ordinario en la mas leve contradicción que experimentase. Incitado pues contra Tomás por tres obispos, empezó á maldecir á aquellos á quienes había colmado de beneficios, y profirió en fin estas palabras fatales que le causaron tan largo arrepentimiento. *¿No se hallará alguna persona capaz de vengarme de un sacerdote que alborota todo mi reino y quiere destronarme?*

Inmediatamente cuatro gentiles-hombres de palacio llamados Raimundo, Hugo de Morville, Guillermo de Traci y Ricardo de Breton, se retiraron juntos, tuvieron su conciliábulo la noche de Navidad, corrieron á embarcarse, y el viento les fué tan favorable que llegaron el día de Inocentes cerca de Cantorbery. Entraron al día siguiente en el palacio del arzobispo y le hicieron amenazas terribles si no levantaba las censuras. Respondió tranquilamente, que al Papa correspondía desatar lo que él había atado; y sin dar oídos á mas se fué á la iglesia para cantar vísperas. Apenas entró en ella cuando se presentaron los cuatro conjurados con otros que les seguían, cubiertos de armas y con espada en mano. El clero quiso cerrar la puerta, mas el arzobispo les dijo: *Esta es la casa del Señor, cuya entrada no se defiende como la de un campamento.* Volviéndose luego hácia los conjurados les prohibió de parte de Dios hacer mal alguno á los suyos. Hizo en seguida esta oración en voz alta: *Me encomiendo, junto con la causa de la Iglesia, á Dios, á la Santísima Virgen, á los santos patronos de esta iglesia, y al mártir*

San Dionisio. Estas fueron sus últimas palabras, las cuales concluidas se puso de rodillas delante del altar, las manos juntas y los ojos elevados al cielo. Recibió cuatro golpes en la cabeza, de donde saltó el cerebro sobre el pavimento, y sin dar un grito ni hacer el mas leve movimiento de pies ó manos, cayó postrado como haciendo oración. Así murió sin señal alguna de debilidad la mas natural el valeroso defensor de la Iglesia, en 29 de diciembre de 1170, á los cincuenta y tres años de su edad. Sus propios asesinos quedaron como asombrados y huyeron inmediatamente luego que acabaron de consumir su delito. Sin embargo, los monges de Cantorbery temiendo que volviesen á insultarle despues de muerto, le enterraron secretamente; halláronle debajo de los hábitos un áspero cilicio, y, lo que no tenía ejemplo, calzones de la misma materia.

A la primera noticia de este atentado quedó consternada toda la ciudad: un pueblo inmenso corrió á recoger la sangre del mártir, ungiéndose con ella los ojos y teniendo sus vestidos para guardarlos como reliquias. Bien pronto se esparció por todas partes la veneración del santo mártir con la fama de los milagros obrados en su sepulcro. Todos los Estados del rey Enrique de una y otra parte del mar, esceptuando los mas fogosos cortesanos; el rey Luis, toda la Francia, y el Sumo Pontífice, no pudieron oír sin indignación este asesinato sacrilego. El mismo Enrique se abandonó casi á la desesperación (1). Sospechando el designio de los asesinos, había despachado inmediatamente una orden prohibiendo toda violencia contra la persona del arzobispo; pero ya el golpe estaba dado cuando llegó el mandato. Apenas fué instruido del hecho, se prohibió por espacio de tres días la entrada en la iglesia, no quiso ver á na-

(1) *Hist. Angl. Hum. vol. 1.*

die, y solo tomó un poco de leche de almendra, á que redujo todo su alimento. Envió muchos de sus clérigos á los monjes de Cantorbery, que formaban todo el clero de esta iglesia, para que protestasen en su nombre de su inocencia y de su dolor; declaró que la conspiracion era una maniobra infernal, calificó á los conjurados de monstruos, de vasallos detestables y oprobio de su reino, y se reprendió mil veces á sí mismo con lágrimas en los ojos de la imprudencia que habia cometido, dejando escapar la proposicion que habia animado á los asesinos (1).

Apresurado á enviar á Roma para disculparse del asesinato y someterse á todo cuanto el Papa ordenase contra el arrebato que le habia causado (1171). Mil gritos de execracion habian llegado ya á aquella ciudad: todo el Occidente pedia justicia del enorme sacrilegio cometido en la persona del mas ilustre de sus prelados. Los diputados de la iglesia de Cantorbery enviados con diligencia para dar sus quejas á la Santa Sede: Guillermo, arzobispo de Sens, mas respetable todavía por sus virtudes que por la nobleza de su origen, aunque era hijo del conde de Champaña, amigo constante del santo mártir y encargado para su defensa de la legacion de Inglaterra; su hermano Thibaldo, conde de Blois; el rey Luis el jóven y una infinidad de príncipes y obispos solicitaban la reparacion de este escándalo en los términos mas urgentes. «Un cristiano que está tranquilo á vista de este ultraje hecho á la Iglesia, escribia Luis (2), es un traidor á su Religion y se hace formalmente ingrato á Dios. Estinguir esta lumbrera brillante de la Iglesia y matar el mártir, cuyos milagros publican altamente la causa por la cual ha muerto, es

(1) *Gesta post mart.* cap. 4.
(2) *Baron. ad ann.* 1171.

haber herido á Jesucristo en el objeto mas delicado de su amor. Vuestro brazo, Santo Padre, está armado de la espada apostólica: toda la Iglesia reclama vuestra venganza, mas por sí misma que por él.

El Papa quedó tan turbado, que en ocho dias los mismos romanos no se atrevieron á acercarse á su persona. Se reprendia de no haber defendido á Tomás con bastante vigor, y se lamentaba de la flaqueza humana que no conoce á los Santos hasta despues de su muerte. Prohibió que se permitiese á cualquiera inglés llegar á él, y todos sus negocios quedaron suspensos. No obstante, los embajadores de Inglaterra, en número, segun dicen, de mas de cincuenta, hicieron tanto por sus mediadores, que obtuvieron audiencia. Pero cuando se presentaron y pronunciaron el nombre del rey Enrique, *deteneos, deteneos*, exclamó toda la corte romana, y un estremecimiento de horror se apoderó de toda la asamblea. Ellos dijeron que el rey prometia sujetarse á cualquiera penitencia que se juzgase á propósito, y obedecer generalmente en todo cuanto tuviese por conveniente ordenar el Sumo Pontífice. El Papa, antes de resolver cosa alguna, quiso enviar legados á Normandía para que examinasen mas de cerca las circunstancias del crimen y para asegurarse mejor de la sumision del rey.

Enrique para separar de sí las ideas funestas que le atormentaban noche y dia, habia pasado á Irlanda, cuya conquista le habia permitido hacer catorce años antes el Papa Adriano. Sometió los reyes de Corek, de Limerick, de Oxeria y de Mida. Los arzobispos de Armagh y de Dublin, seguidos de veinte y ocho obispos, le prestaron juramento de fidelidad, y en su persona á todos los reyes de Inglaterra sus sucesores. Arregló el gobierno del pais é hizo celebrar un Concilio en Cassel para ordenar especialmente los bautismos y los matri-

monios, en los cuales se habian introducido muchos abusos y supersticiones. Habiendo concluido todos estos negocios en seis meses, fué á juntarse con los legados en la abadía de Savigni, cerca de Avranches (1172).

Juró en su presencia sobre los Evangelios que no habia mandado ni permitido la muerte del arzobispo Tomás. Añadió que luego que la supo le causó mas afliccion que la que le habria causado la muerte de su propio hijo; que se acusaba no obstante, y se arrepentia amargamente de haber dado ocasion á ello por la irritacion y la cólera que manifestó contra el santo prelado: que en reparacion de esta culpa enviaria inmediatamente doscientos caballeros á la defensa de la Tierra Santa: que él mismo se cruzaria por tres años, á menos que el Papa juzgase no ser conveniente esta expedicion: que volveria á la iglesia de Cantorbery todas sus tierras y bienes sobre el pie en que las poseia un año antes que el arzobispo hubiera incurrido en su desgracia: que permitia que en adelante se apelase libremente á la Santa Sede; en fin, que desterraba absolutamente de todos sus Estados las costumbres ilícitas que él habia establecido. Además de esto le prescribieron los legados ayunos secretos, limosnas y otras obras de penitencia. Enrique lo aceptó todo con la mas perfecta sumision; despues de lo cual dijo delante de todos: «Señores legados, mi persona está en vuestras manos, estoy pronto á todo cuando gustéis añadir:» lo que enterneció de tal modo á los que estaban presentes, que no pudieron contener las lágrimas. El jóven Enrique prometió por su parte atenerse al juramento del rey su padre y hacer por este la penitencia si la muerte ú otro accidente no se le permitiese cumplir.

Multiplicándose de dia en dia los milagros en el sepulcro del santo mártir, el Pa-

pa Alejandro hizo constar por testimonios irrefragables lo que todo el mundo publicaba. Fundado en estas pruebas y en las de todas las virtudes heroicas del Santo, dos años y dos meses á lo mas despues de su muerte fué canonizado solemnemente, conforme á los deseos de todo el orbe cristiano, en 21 de febrero de 1173, é instituida su fiesta como la de un mártir célebre en toda la Iglesia católica y esta la observaba todavía. En el reinado de Enrique VIII fueron saqueadas las riquezas con que por espacio de cuatrocientos años fué enriqueciendo la piedad el sepulcro de Santo Tomás Becquet y quemados los huesos del mártir (1535). En el año siguiente de la canonizacion de Santo Tomás, San Bernardo, que habia fallecido cerca de veinte años antes, fué igualmente canonizado como todo el mundo cristiano lo deseaba tiempo habia.

En el discurso de los tres años que siguieron á la muerte de Santo Tomás, la mano de Dios se descargó visiblemente sobre los cuatro asesinos del Santo. Despedazados por los remordimientos, luego que hubieron consumado su crimen, no se atrevieron á volver á la corte, á la que habian pretendido servir; se retiraron á una tierra distante que pertenecía á uno de ellos en la estremidad occidental de Inglaterra. El deshonor que llevaban impreso en la frente no pudo ocultarlos y fueron un objeto de horror para las gentes del país. Las personas mas ordinarias no querian comer ni hablar con ellos, y echaban las sobras de su comida á los perros, y ni aun éstos se llegaban á ellas si hemos de dar crédito á los escritores contemporáneos (1). Habiendo llegado á hacerse insoportables á sí mismos, fueron á ponerse á discrecion del Papa, el cual les impuso por penitencia la peregrina-

(1) *Roger. Annal.* pag. 322.

nacion á Jerusalem. Guillermo de Traci fué atacado en Cosenza de Calabria de una enfermedad horrible, en que las carnes se le caian á pedazos, particularmente los pies y las manos. Murió en este estado manifestando un sentimiento sumo de su delito é invocando sin cesar al nuevo mártir. Sus tres cómplices aportaron á Palestina; pero murieron casi inmediatamente con las mismas agitaciones de conciencia. Enterráronlos delante de la puerta del templo y grabaron este epitafio sobre su sepulcro: *aquí yacen los desgraciados que martizaron al bienaventurado Tomás, arzobispo de Cantorbery.*

Parece que el Señor no quedó aun satisfecho con estas reparaciones. En su riguroso tribunal los soberanos son responsables de los pecados á los cuales sus pasiones ó su sola negligencia pueden dar márgen. Enrique II, no obstante haber desaprobado tan auténticamente el asesinato, fué el blanco de los golpes mas sensibles que el brazo de la divina justicia suele descargar en este mundo sobre un príncipe. Sus propios hijos y su esposa Leonor se rebelaron contra él. El rey de Francia y el conde de Flandes invadieron sus provincias de este lado del mar: Luis penetró en el seno de la Normandía y puso sitio á la capital. En tanto que el desgraciado Enrique se preparaba para socorrerla, supo que el rey de Escocia, de acuerdo con los sediciosos de Inglaterra, habia penetrado ya en el reino y asolaba el Northumberland. Dejó la Normandía y voló donde la desgracia podia llegar á ser mas fatal (1173).

Pero este príncipe que nunca parecia mas grande que cuando el peligro era estremado, conoció la insuficiencia de sus recursos contra los ministros de la venganza celestial y la necesidad de desarmarla enteramente. En vez de marchar contra el enemigo, se encaminó á Cantorbery (1174), y de-

jando su equipage fuera de la ciudad, se descalzó, vistióse una mala túnica, y se dirigió en silencio á la catedral poniéndose delante del sepulcro de Santo Tomás. Allí, sin haber tomado alimento alguno, pasó el resto del dia y toda la noche en oracion, postrado sin alfombra en el suelo. Luego desnudándose las espaldas quiso que cada obispo de los que estaban presentes y los religiosos de la comunidad en número de ochenta, le azotasen con varas uno despues de otro. No faltaron burlones insulsos que se divertieron á espensas del rey; pero la inesperada vuelta de su primera fortuna les cerró bien pronto la boca. Al dia siguiente de su humilde penitencia, habiendo mandado Enrique que se le dijese misa en honor del Santo mártir, en la hora misma en que se celebraba, fué vencido y hecho prisionero el rey de Escocia por los ingleses que permanecieron fieles. Poco despues se levantó el sitio de Rouén, la paz se restableció entre la Francia y la Inglaterra, todos los proyectos de los enemigos de Enrique fueron desconcertados, su familia solicitó perdon bajo las condiciones que tuviese á bien prescribirla, y en menos de tres meses se vió tan poderoso cual nunca habia sido y mucho mas tranquilo.

Durante los disturbios de Inglaterra, y á pesar de los obstáculos que oponian al celo del Papa Alejandro, mucho mas agitado todavia por la obstinacion del emperador Federico en sostener el cisma, este Pontífice, precisado á estrañarse de Roma y á mudar á cada instante de domicilio en el resto de la Italia, no dejó de estender su solicitud aun mas allá de las regiones sometidas al yugo de Jesucristo. Entre los esclavos, tan frecuentemente convertidos como apóstatas, habia la idolatría establecido su último refugio sobre la costa de Pomerania, en la isla de Rugen, tan fortificada por la naturaleza que parecia inaccesible á todo es-

trangero (1). Valdemaro, rey de Dinamarca, constantemente sumiso á la obediencia de Alejandro, á pesar de todos los artificios de Federico para seducirle, halló medio de introducir un fuerte ejército en aquella isla, puso sitio á la capital llamada Arcon y la tomó por capitulacion. Los artículos principales se reducian á que los habitantes abrazarian el cristianismo, y que en testimonio de su sinceridad ofrecerian á las iglesias las tierras consagradas á sus falsos dioses y que destruirian sus ídolos. El principal de estos, llamado Suantovit, era un coloso monstruoso con cuatro cabezas, colocado en un templo magnifico en medio de la ciudad de Arcon, donde le sacrificaban una multitud de animales y algunas veces hombres. Todo el pais le llevaba tributos considerables en ofrenda y su pontífice era mucho mas reverenciado que el soberano. Suantovit, á quien adoraban entonces los esclavos como al primero de sus dioses, no era otra cosa que el mártir San Vito patron de la nueva Corbia, á quien los primeros misioneros de aquel pueblo sacados de esta abadía habian edificado una iglesia en la isla de Rugen bajo el reinado de Luis el germánico. Para que estos groseros insulares no recayesen de nuevo en la supersticion, el Papa Alejandro los confió al cuidado de Absalon, obispo de Roschild, cuya diócesis se estendió tambien á aquella isla, y le recomendó con la mayor instancia que cuidase mucho de que fuesen instruidos (1168).

Absalon llegó á ser con el tiempo arzobispo de Lunden, por dimision de Esquil, anciano piadoso y venerable que se retiró al monasterio de Claraval, donde tomó el hábito monástico y acabó santamente sus dias. Fué preciso que el Papa estrechase la modestia de Absalon para que aceptase esta Silla con la cual conservó la de Roschild.

(1) Helmold, lib. 2, cap. 12.

Este digno prelado, que hacia brillar las virtudes mas puras en aquellas tierras bárbaras, estableció en su diócesis de Roschild la observancia de Santa Genoveva en aquel mismo pie de regularidad en que la puso el Papa Eugenio III. A este efecto sacó de Paris al santo canónigo Guillermo que habia sido uno de los primeros en abrazar esta reforma. Guillermo no dejó de experimentar duras contradicciones en este nuevo establecimiento, de suerte que tres de sus compañeros que le habian seguido se volvieron á Francia. En fin, su paciencia y su perseverancia triunfaron de todos los obstáculos, y fundó en aquellas tierras bárbaras un segundo monasterio de su instituto. En el discurso de treinta años que fué su abad hizo brillar cada vez con mayor esplendor las virtudes heroicas que le han merecido ser contado en el número de los Santos.

Dos cartas hay notables del Papa Alejandro relativas á aquellos paises. En la primera escita á los reyes de Dinamarca, de Noruega y de Gothia; á reprimir con las armas la ferocidad de los estonienses y de los demas paganos de aquellos cantones, y para esto les concede la misma indulgencia que á los peregrinos que visitaban el Santo Sepulcro. Por la segunda de estas cartas, dirigida al arzobispo de Upsal y á sus sufragáneos, quiere el Papa que se envíen á Roma los penitentes culpables de ciertas abominaciones que individualiza, á fin de manifestar los escesos en que pueden precipitarse aun los hombres de mas felices disposiciones cuando están destituidos de las luces de la fé. Algunos observadores hallan aqui el principio de las reservas hechas por el Papa de ciertos casos atroces; pues por lo tocante á las reservas en sí mismas, presentan esos mismos observadores una multitud de ejemplares mas antiguos.

Desde el fondo del Norte volvió el Papa Alejandro sus cuidados hácia las potencias